Excelentísimas autoridades de la Fundación Ratzinger y de la Universidad Francisco de Vitoria, distinguidos colegas galardonados, a quienes acerco unas calurosas felicitaciones, señoras y señores:

Recibo con profunda gratitud esta mención en el marco de la VII edición del Premio Razón Abierta, por mi libro *Educación aumentada. Desafíos de la educación en la era de la Inteligencia Artificial*. Es un reconocimiento que me sobrepasa y que me invita, ante todo, a la humildad y al agradecimiento.

Quiero, en primer lugar, expresar mi sincero reconocimiento a las autoridades de la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger-Benedicto XVI y de la Universidad Francisco de Vitoria por sostener, año tras año, este espacio fecundo de diálogo entre la fe y la razón, en el que la investigación se abre a la verdad en toda su amplitud interdisciplinar. Mi gratitud se dirige de modo especial a la Universidad Austral, institución a la que pertenezco y que me brinda un ámbito académico fecundo y exigente para desarrollar la investigación. Finalmente, deseo expresar un agradecimiento entrañable a mi esposa María (que desgraciadamente no me ha podido acompañar por compromisos laborales y académicos) y a mis hijos, que han sostenido silenciosa y generosamente los tiempos, las búsquedas y las fatigas que hicieron posible un trabajo de este tipo.

El tema que inspira estos premios, la razón abierta, constituye una cuestión de relevancia poco explorada en el campo educativo. Un discurso dominante se ha filtrado en documentos de organismos internacionales, expertos académicos, divulgadores y docentes de universidades en distintas regiones del mundo. Es un discurso paradójico: por un lado, custodia la centralidad de lo humano en el proceso de enseñanza-aprendizaje frente a la irrupción avasalladora de la IA; por otro lado, revela una pobreza y ambigüedad que oculta la especificidad de lo humano hasta el punto de volverla indiscernible de la funcionalidad de la máquina. En efecto, la exaltación de la indudable potencialidad de la IA se articula sobre una antropoformización basada en generosas concesiones, que sobreestiman la capacidad de computo de la IA a tal punto de identificarla con las funciones cognitivas humanas.

Esta sobreestimación se acompaña de un movimiento inverso, de devaluación de la racionalidad humana. Se verifica, así, una vez más, la autolimitación de la razón que Ratzinger denunciara oportunamente y que “paradójicamente, se basa en sus propios éxitos en tanto las leyes metodológicas que propiciaron su éxito se han convertido en una prisión a causa de su universalización” (Ratzinger, 2005, 138).

Esta autolimitación se verifica no sólo en la narrativa filosófica subyacente que inspira el discurso educativo dominante actual. A esta consideración teórica debe añadírsele también, y principalmente, la que atiende a las consecuencias fácticas. Un determinado *ethos* inspira y se difunde a través de la progresiva irrupción tecnológica. En educación, este *ethos* despierta desafíos muy particulares, de los cuales mencionaré sólo algunos, en línea con preocupaciones del propio Benedicto XVI.

La primacía de la razón instrumental ha devenido en una tecnocracia que no sólo hace coincidir "la verdad con lo objetivo cuantificable", sino que la asocia también al criterio de la eficiencia y la utilidad. En el reino de la infocracia, el eficientismo educativo amenaza con pervertir lo más sagrado: la curiositas que se contagia del entusiasmo compartido. Plataformas adaptativas basadas en criterios algorítmicos prometen satisfacer nuestras ansias de verdad con itinerarios programados sobre la base de probabilidades. La curiosidad está dirigida, la atención se induce según patrones de deseabilidad arquetípicos, emulando así las funcionalidades de las plataformas de entretenimiento.

Por otro lado, si la IA demuestra enorme potencialidad para simular respuestas empáticas, a punto tal de rivalizar con las personas humanas en la atención de cuestiones tan sensibles el acompañamiento psicológico, se ensayan alternativas educativas basadas en la interacción con asistentes de IA que prometen acompañar, sin fatiga ni error, las necesidades educativas de los navegantes digitales. Encomendamos a máquinas sin corazón ejercitar el ancestral lema de John Henry Newman, que tanto apreciaba Benedicto XVI: “Cor ad cor loquitur”.

Por otra parte, la dictadura del relativismo que Ratzinger denunciara recurrentemente encuentra expresión tangible y concreta en los Modelos de Lenguaje grandes, que nos presentan como verdades a la mano los resultados probabilísticos que atienden al criterio de mayor prevalencia. La verdad tautológica representa el corolario de una nueva tiranía. En el reino de la relatividad absoluta, la opinión estadísticamente prevalente se convierte en voz privilegiada, al punto de silenciar otras voces, perdiéndose así el carácter polifónico de la verdad.

La IA promete cerrar la brecha educativa, dando oportunidad a los más vulnerables para el acceso a una educación personalizada que aspira a rivalizar a la de estratos más favorecidos. Sin embargo, sin que prime el principio de solidaridad que brota de la caridad -lo que deja a la razón tecnocrática a merced de intereses sectoriales -, notamos que la irrupción de la IA tiende a generar lo contrario: un incremento de desigualdad social que crece al ritmo de las innovaciones.

Estos y otros muchos corolarios de la autolimitación de la razón desafían hoy a la educación contemporánea. La IA es una herramienta poderosa que puede traer gran provecho para la humanidad en muchos campos, incluido el educativo. Para que esta potencialidad se convierta en realidad, es necesario construir una nueva narrativa que resignifique el sentido de la educación en diálogo con la innovación. La defensa de la centralidad de lo humano exige resignificar la imagen que tenemos de la razón. La razón abierta puede ser un cimiento fecundo para el desarrollo de una **educación aumentada** cuyos principios se enuncian en el libro que generosamente ha sido galardonado.

Agradezco una vez más esta inmerecida mención y su atención a estas palabras. Muchas gracias.